

Así empecé a enfrentarme a la revolución y así también me fui apartando de mis viejos amigos. Si antes lo habían sido Lisandro Otero, Roberto Fernández Retamar, Ambrosio Fornet o Edmundo Desnoes —para citar sólo algunos— ahora eran los visitantes extranjeros los que me buscaban y estimulaban aún más mi poderosa vanidad.

¿Qué buscaban esos periodistas extranjeros, esos sociólogos, esos pseudopoetas?, ¿por qué se interesaban?, ¿por la grandeza de la revolución?, ¿por sus tareas extraordinarias?, ¿por el esfuerzo admirable del pueblo? No —ellos se interesaban en el desafecto Heberto Padilla, en el resentido marginal, en el intelectual disidente, en el contrarrevolucionario, dicho sea con pocas palabras— estos extranjeros, que después han dejado constancia de elogios, hacían de mi fotografías, tema para entrevistas, semblanzas adorables.

Para ellos yo era un revolucionario inconforme, el poeta rebelde. Claro que ellos conocían perfectamente su juego y que yo me beneficiaba también con ese juego. Mi nombre andaba en circulación. Yo era muy consciente de ello.

Así, durante algún tiempo, mantuve una duplicidad astuta, por un lado habían declaraciones donde me reafirmaba como un militante indiscutible de la revolución y por el otro, no desaprovechaba una sola oportunidad para descargar mi veneno contra ella. Era una actividad casi demencial, pero que, iba rindiendo sus frutos.

El desafecto que era yo se iba nutiendo de todo esto, al periodista polaco-francés K. S. Karol, le hice pomposos análisis de la realidad política cubana. Le hablé insidiosamente de todos los aspectos de la revolución, juicios que por supuesto eran lo que él quería escuchar, con el profesor René Dumont me entrevisté también, el viejo agrónomo contrarrevolucionario recogió complacido mi crítica a la Unión de Escritores, difamé todo lo que pude nuestra institución —le dije además que con el escritor no se contaba en Cuba, que era un nadie, lo que Verde Olivo me había atacado injustamente y siempre con argumentos policiales.

Y el viejo Dumont publicó de inmediato mi resentimiento. Tanto él como Karol, incuestionables agentes de la CIA, escribieron libelos contra nuestra revolución y en ambos textos Heberto Padilla es de los pocos personajes revolucionarios simpáticos.

Con el poeta y ensayista alemán Hans Magnus Enzensberger —que posteriormente escribió un largo ensayo contra nuestro partido— tuve incontables conversaciones que podrían ser un compendio de mi pensamiento constantemente acre, agresivo contra la revolución, todos mis supuestos “análisis” daban una imagen derrotista del proceso revolucionario cubano, todos ellos vaticinaban su fracaso.

Eran análisis fríamente negativos, objetivamente contrarrevolucionarios. De esas largas conversaciones, surgió el ensayo injusto, malintencionado del alemán Enzenberger, y como a mí me interesaba su amistad y debo aclarar que contribuí a deformar aún más su visión de nuestra revolución, que nunca fue muy entusiasta.

Mientras tanto mi egocentrismo se iba alimentando a manos llenas. La BBC de Londres me hacía una larga entrevista en colores para un programa especialmente dedicado a la educación y la cultura de Cuba.

Una emisora del Canadá me buscaba para nuevas entrevistas, mi fotografía aparecía en el libro del periodista norteamericano Lee Lockwood, adoptando una pose que correspondiera al pie del grabado que colocó el autor del libro: “Poeta y enfant terrible político”.

Se me citaba en los círculos sobre Cuba como un poeta intransigente y rebelde. Y yo sabía que cada golpe hábil que lanzara a cualquier aspecto de la revolución, aumentaría mi popularidad entre los periodistas llamados liberales o demócratas que se preocupan por el conflicto de un intelectual que por los bombardeos imperialistas a Vietnam.

Como mi vanidad ya no tenía límites llevé mis posiciones políticas desafectadas a donde nunca debí llevarlas: a la poesía, yo estaba convencido de que un poema que recogiera una supuesta crítica a la revolución despertaría el interés de ciertas zonas internacionales: las zonas del escepticismo y del odio a las revoluciones. Y así fui escribiendo poemas insidiosos y provocativos que bajo la hábil apariencia de la historia, no expresaban otra cosa que el temperamento de un decreído, de un cínico, de un versificador atrapado por sus propias limitaciones morales e intelectuales, me refiero por supuesto a **Fuera del juego** que obtuvo el Premio Nacional de Poesía de la Unión de Escritores y Artistas en el año 1968, y lo menciono porque este libro marca un momento culminante de mi táctica política, el momento en que mi vanidad alcanzó los mayores límites, el momento en que me creí un triunfador, en que creí que había obtenido una victoria decisiva frente a la revolución.

Pensé que ya me había instalado definitivamente en la vida cubana en dos planos muy importantes: en el intelectual y en el político.

En el intelectual, porque un jurado compuesto por poetas y ensayistas de primera línea me otorgaban unánimemente el premio que respaldaba mis posiciones, no importaba que la Dirección Ejecutiva de la UNEAC colocaba un prólogo crítico, lo importante es que el libro había sido editado, y junto al ataque de la UNEAC aparecía la defensa apasionada de los cinco miembros del jurado, e incluso el voto particular del crítico británico J. M. Cohen quien afirmaba que mi libro habría ganado un premio en cualquier país del mundo occidental.

Justamente en su especificación geográfica y política del **Mundo Occidental** estaba expresando Cohen una gran verdad: sólo lo en el Mundo Occidental capitalista, o en jurados marcados por su influencia, sin información teórica revolucionaria, podía **Fuera del Juego** obtener un premio de un país en revolución, y nada menos que el premio de la Unión de Escritores que se supone debe ser el más revolucionario de todos los premios.

Recuerdo que en cierto momento me llegué a asustar por la resonancia tan negativa que había tenido mi libro y antes de que apareciera fui al Instituto del Libro tratando de modificar algunas líneas, pero tales cambios no fueron permitidos.

La revolución no quería arreglos ni responsabilidades en el extranjero. El escándalo cubano produjo un revuelo típico entre los intelectuales burgueses.

“El Caso Padilla” ocupó los periódicos. París, Londres, Estados Unidos, Italia, abrieron debates sobre la libertad en el socialismo, en Francia —donde la cultura tiene un dinamismo extraordinario y donde se busca agregar escándalo a cualquier obra con tal de suscitar el interés de los compradores— la editora de Seuil tradujo en menos de un mes mis cincuenta y pico de poemas y lanzó el libro a toda máquina con una banda insidiosa que decía: “¿Se puede ser poeta en Cuba?” y se me presentaba como un rebelde, como un poeta de los que ellos califican de impugnadores intransigentes, rebeldes.

Yo continuaba beneficiándome del escándalo. La cultura francesa me daba una doble consagración: se me traducían al francés y se me elogiaba. Mi éxito intelectual y político estaba asegurado; como uno de mis propósitos era llamar la atención de nuestros dirigentes y demostrarles que yo era un escritor consagrado en el extranjero, a quien había que consultar y a quien había que atender, empecé a sentir un gran despecho a medida que transcurrían los meses y no se me tomaba en cuenta.

Fue así como, después de un año de espera infructuosa de que me llamaran y me dieran una posición que correspondiera, a lo que yo suponía que era mi rango intelectual, decidí escribirle una carta al primer ministro, comandante Fidel Castro, explicándole que estaba sin empleo y necesitaba trabajo.

LA AUTO- CONFESION DE HEBERTO PADILLA

Solamente la vanidad y la petulancia de creerme merecedor de todos los honores pudo llevarme a semejante plan que estaba, como siempre, vinculado al extranjero, al realce de mi prestigio en las revistas, editoriales y público extranjero, y entre mis errores más censurables está precisamente ese pensar que podía —como cubano— vivir una doble vida: por un lado vegetar como un parásito a la sombra de la revolución y por el otro cultivar mi popularidad literaria en el extranjero a costa de la revolución y ayudado por sus enemigos.

Sólo un hombre que no posee ni el más ligero ápice de la ética de un combatiente revolucionario, puede sentirse satisfecho con una situación como esa. Sobre todo si ese hombre tiene hijos en su patria, que no son tan pequeños ya y podrían llegar a preguntarse un día qué clase de padre extraño tenían ellos, que vivía al margen de su patria y de las tareas colectivas de su patria, y al margen, indiferente de su pueblo.

El deslumbramiento por el extranjero, por las grandes capitales, por las culturas foráneas, por la popularidad internacional; las maniobras para llamar la atención de los editores, prometiéndoles libros que no existían, que no habían sido siquiera terminados, todo eso constituía la base de mi falsedad y de todas mis actividades durante los últimos años.

Puedo referirme a esos errores groseros con toda claridad, sin tapujos de ninguna índole, porque he podido medir hasta qué grado de deterioro había llegado y con qué fuerza y vehemencia quiero rectificar todo eso. Esta es y será siempre una experiencia irremplazable que dividió mi vida en dos: el de antes y el que quiero ser hoy.

Yo ruego al Gobierno Revolucionario me ofrezca la ocasión de explicarlo. Si pido desesperadamente que me permitan esta oportunidad es por la convicción profunda que yo tengo de que esta experiencia mía puede tener un valor no sólo para mí, sino que va más allá de mi persona: de que esta experiencia mía puede ser extraordinariamente útil para otros escritores cubanos, porque gran parte de los vicios de mi carácter, gran parte de las actividades odiosas que he señalado y del estilo de vida y la conducta social que he mantenido hasta ahora, yo diría que son también la de un número considerable de nuestros escritores.

Muchos de ellos, igual que hacía yo, y por móviles más o menos similares, en que la vanidad literaria y la búsqueda ridícula de fama internacional están de por medio, frecuentan las relaciones; difaman la revolución y cooperan consciente o inconscientemente con cuanto enemigo solapado con el disfraz de intelectual viene a Cuba buscando información a nombre del enemigo y para actuar contra la revolución.

Pido que se me permita exponer estos hechos públicamente: discutir y argumentar con los que están incurriendo o van a incurrir en errores tan graves e incluso más graves que los míos. Estoy seguro de que mi experiencia personal en esto y mis palabras serán irrecusables. Algunos buenos talentos podrán evitar las trampas que les tiende el enemigo y tal vez puedan llegar a ser útiles a la causa revolucionaria.

Respetuosamente, Heberto Padilla.

Compañeros, anoche a las doce y media, más o menos, en la reunión en que la Revolución me puso en libertad se me ha dado la oportunidad de dirigirme a mis amigos y compañeros escritores sobre una serie de aspectos a los que seguidamente yo me voy a referir.

Yo quiero aclarar que esta reunión, que esta conversación es una solicitud mía. Que esta reunión, ustedes saben perfectamente, que la revolución no tiene que imponerse a nadie. Yo hice un escrito y yo lo presenté a la dirección de nuestro Gobierno Revolucionario. Yo planteé la necesidad de explicar una serie de puntos de vista míos, de actividades y actitudes mías, delante de ustedes, que son mis compañeros, porque creo que la experiencia mía puede tener algún valor, yo diría que un interesante, un ejemplar valor para muchos de mis amigos y de mis compañeros.

Ustedes saben perfectamente que desde el pasado 20 de marzo yo estaba detenido por la Seguridad del Estado de nuestro país, estaba detenido por contrarrevolucionario. Por muy grave y por muy impresionante que pueda resultar esta acusación, esa acusación estaba fundamentada por una serie de actitudes, por una serie de actividades, por una serie de posiciones, por una serie de críticas... no, no críticas —que es una palabra a la que quise habituarme en contacto con los compañeros de Seguridad— no es la palabra adecuada a mi actitud; sino por una serie de injurias y difamaciones a la revolución que constituyen y constituirán siempre mi vergüenza frente a esta revolución.

Yo, bajo el disfraz del escritor rebelde, lo único que hacía era ocultar mi desafecto a la Revolución. Yo decía: ¿era esto realmente un desafecto? Yo lo discutía en Seguridad. Y cuando yo vi el cúmulo de actividades, el cúmulo de opiniones, el cúmulo de vicios que vertía con cubanos y extranjeros; el número de injurias y difamaciones yo me detuve y tuve que decir realmente: esta es mi verdad, este es mi tamaño, este es el hombre que realmente yo era; este es el hombre que cometía estos errores, este es el hombre que objetivamente trabajaba contra la revolución y no en beneficio de ella.

A mí me gustaría encontrar un montón de palabras agresivas que pudieran definir perfectamente mi conducta. A mí me gus-



taria poder agradecer infinitamente las veces que muchísimos de mis amigos revolucionarios se me acercaron previniéndome de que mis actitudes eran muy negativas y actitudes que dañaban a la revolución. Yo realmente no perdonaré nunca el que los desoyese; yo nunca perdonaré, pero esos luego fueron mis errores.

Yo he difamado, he injuriado constantemente a la revolución, con cubanos y con extranjeros. Yo he llegado sumamente lejos en mis errores y en mis actividades contrarrevolucionarias. No se le puede andar con rodeos a las palabras.

Yo, cuando fui a Seguridad, sobre todo tenía la tendencia a tenerle miedo a esa palabra, como si esa palabra no tuviese una carga muy clara y un valor muy específico, ¿no? Es decir, contrarrevolucionario es el hombre que actúa contra la revolución, que la daña. Y yo actuaba y yo dañaba a la revolución. A mi me preocupaba mucho más mi importancia intelectual y literaria que la importancia de la revolución, y debo decirlo así.

En el año 1966, cuando yo regresé de Europa, a Cuba, yo puedo calificar mi regreso como la marca de mi resentimiento. Lo primero que yo hice al regresar a Cuba, meses después, fue aprovechar la coyuntura que me produjo el suplemento "El Caimán Barbudo" con motivo de la publicación de la novela de Lisandro Otero "Pasión de Urbino", para arremeter así, despiadada e injustamente, contra un amigo de años, contra un amigo verdadero como era Lisandro Otero.

¿Y a quién defendí? Yo defendí a Guillermo Cabrera Infante, ¿Quién era y quien había sido siempre Guillermo Cabrera Infante?, había sido siempre un resentido, no ya de la revolución social por excelencia, un hombre de extracción humildísima, un hombre pobre; un hombre que no se porque razones se amargó desde su adolescencia y un hombre que fue desde el principio un enemigo irreconciliable de la revolución.

¿Y qué valores artísticos excelentes y extraordinarios puede aportar la novela de Guillermo Cabrera Infante, "Tres Tristes Tigres"? ¿Qué valores excepcionales, y qué contribución excepcional a la literatura puede aportar ese libro que mereciese que yo aprovechara esa ocasión que me brindara "El Caimán Barbudo" para atacar a un amigo entrañable?

Ah, pero yo debo ser sincero con mis amigos; yo aproveché esa ocasión para molestar a Lisandro, porque estaba molesto con Lisandro.

Pero es que la molestia con Lisandro se convertía en un problema político, y esta actitud tenía consecuencias políticas que iban a dañar directamente a la revolución. Porque en esa pequeña nota venenosa que yo escribí para "El Caimán Barbudo" yo atacaba nada menos que a tres organismos de la revolución.

Yo atacaba, por ejemplo, a mi organización, a la Unión Nacional de Escritores y Artistas. Yo atacaba al Ministro de Relaciones Exteriores por haber precindido de los servicios de un contrarrevolucionario como

era Guillermo Cabrera Infante. Yo atacé inclusive despiadadamente al compañero de Seguridad que informó contra la actividad de Guillermo Cabrera Infante, hablando del estilo literario, como si el estilo literario tuviera algo que ver con la verdad o como si la verdad no fuera más importante que el espíritu literario.

Pero en la vida, se, el hombre comete errores. Yo he cometido esos errores; errores que son imperdonables. Yo sé, por ejemplo, que esta intervención de esta noche no me la merecía, que yo no me merecía el estar libre. Lo creo sinceramente; lo creo por encima de esa alharaca internacional que aprecio en el orden personal, porque creo que son compañeros que viven otras experiencias y otros mundos, que tienen una visión completamente diferente a la situación cubana, situación que yo ha falseado en cierta forma o en todas las formas.

Y estos compañeros que me han apoyado, que se han solidarizado conmigo internacionalmente desconocen a fondo mi vida de los últimos años. Desconocen, muchos de ellos, el hecho de que yo hubiera tenido esas actividades, de que yo hubiere asumido tales posiciones.

Yo decía que desde mi regreso de Europa toda mi vida estuvo marcada por el resentimiento. Me refiero a la respuesta que yo di a la de los compañeros de "El Caimán Barbudo". Es decir, una especie de alegato contra la política de la revolución.

Yo, que debía haber estado agradecido de una revolución que me permitió viajar, que me permitió representar a uno de sus ministerios en distintos países europeos, yo defendiendo a un contrarrevolucionario, a un enemigo declarado de la revolución como era Guillermo Cabrera Infante.

Pero es que yo quería sobresalir —hay que juzgar las cosas como son. Yo quería demostrar que el único escritor "valiente" era Heberto Padilla, y el escritor "agredido", revolucionario, era Guillermo Cabrera Infante.

Ese fue mi inicio, esa fue mi más clara actividad enemiga, mi más específica actividad para dañar a la revolución: asumir alardes teóricos de un hombre que no tenía méritos revolucionarios algunos para asumirlo.

Yo asumí esas posiciones. Y además, lo que es peor, yo llevé esas posiciones a un terreno o donde yo nunca debí llevar esas posiciones. A un terreno en que esas posiciones no caben: al terreno de la poesía.

La poesía cubana del comienzo de la revolución era una poesía ejemplar, una poesía como corresponde al proceso joven de nuestra revolución. Yo inauguré y —esto es una triste prioridad—, yo inauguré el resentimiento, la amargura, el pesimismo, elementos todos que no son más que sinónimos de contrarrevolución en la literatura. Ustedes saben que yo me estoy refiriendo a "Fuera del Juego". Pensemos sinceramente en "Fuera del Juego". ¿Ustedes piensan, si ustedes leen ese libro revolucionario? ¿Es un libro revolucionario? ¿Es un libro que invita a la revolución y a la transformación de una sociedad?

Yo empecé mi libro como hubiera podido



empezar un filósofo viejísimo y enfermo del hígado con un poema que se llama "En Tiempos Dificiles". Ese libro está lleno de amargura, está lleno de pesimismo. Ese libro está escrito con lecturas, ese libro no expresa una experiencia de la vida, no interiorizaba la experiencia cubana. Ese libro expresa un desencanto, y el que lo aprecie lo único que hace es proyectar su propio desencanto.

Hay clichés de desencanto, y esos clichés yo los he dominado siempre. Aquí hay muchos amigos míos, que yo estoy mirando ahora, que lo saben. Es decir, el motor de mi poesía ha sido el pesimismo, el escepticismo, el desencanto. Y ese libro, "Fuera del Juego" está marcado por ese escepticismo y por esa amargura. Ese escepticismo y esa amargura no entusiasma. Y así yo fui asumiendo actitudes, así me fui envenenando, así me fui separando de mis amigos.

Después, ¿quiénes fueron mis amigos? ¡Ah!, los periodistas extranjeros que venían a Cuba. ¿Ellos venían aquí a admirar la grandeza de la revolución? Yo no diré que todos, porque los ha habido y los hay que realmente aman y apoyan nuestra revolución. Pero los que se acercaban a mí, específicamente a mí, ¿verdaderamente buscaban la grandeza de la revolución, el esfuerzo de nuestro pueblo, el tesón, la energía de nuestros dirigentes? No, no.

Ellos buscaban al desafecto de Heberto Padilla, al resentido marginal, al tipo que le podían hacer un análisis, sobre todo sonoro más que racional, de nuestra situación. Ellos sabían en el juego en que estaban; ellos me halagaban, ellos me entrevistaban, ellos hacían de mí semblanzas adorables. Por ejemplo, yo recuerdo el libro de Lee Lockwood, el periodista norteamericano, donde aparece mi foto con un tabaco y un periódico "Granma", una foto muy hábilmente hecha y muy inteligentemente hecha. Yo no quiero cali-

ficar esa foto en un sentido negativo de Lee Lockwood, una foto que hizo él pero que aparece con un pie de grabado que define perfectamente la pose que adopto yo en esa fotografía. Ese pie de grabado dice: Heberto Padilla poeta "en fant terrible". Niño terrible político. Me enamoré de esa imagen, mi nombre circulaba, mi libro "Fuera del Juego" obtuvo un premio en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, mi libro "Fuera del Juego" obtuvo el premio por unanimidad. Cinco miembros apoyaban eso, cinco escritores de primera fila apoyaban ese libro.

La Unión de Escritores escribió un prólogo crítico contra ese libro. ¿Y a mí que me importaba ese prólogo crítico si al lado de ese prólogo crítico aparecía la defensa apasionada de los cinco miembros del jurado? Eso era lo importante.

Además, no sólo aparecía esto. Aparecía el voto del crítico británico Cohen, quien decía que este libro, "Fuera del Juego", "habría ganado un premio en cualquier país del mundo occidental". Es precisamente en esta especificación geográfica y política del mundo occidental en donde radicaba la diferencia entre lo que hubiera debido ser un premio y otro; porque un premio de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba tenía que ser un premio revolucionario, precisamente el premio más revolucionario, porque

es justamente el premio de la unión de sus escritores revolucionarios.

Y el libro obtuvo ese premio. Y ese libro inmediatamente fue publicado en Francia por la editorial Du Seuil, una editorial que tradujo los cincuenta y pico de poemas en menos de un mes, a toda máquina, y que metió, puso por fuera, una banda insidiosa que decía: ¿Se Puede Ser Poeta en Cuba?, con lo cual quería decir que no se podía ser poeta en Cuba.

Yo hablé con muchos extranjeros, además. Por ejemplo, K. S. Karol, el escritor periodista polaco-francés. Yo a Karol le hice pomposos análisis de la situación política cubana, le hablé siempre con un sentido derrotista, con un ánimo crítico, amargo, contrarrevolucionario, de la revolución cubana. Y Karol era un hombre que quería oír esas cosas, porque Karol es un hombre amargado, un hombre exiliado de su país. En París, Karol quería oír esas cosas, las oía y las recogió en su libro: Heberto Padilla es el único personaje, uno de los pocos —no digamos que el único—, uno de los pocos personajes revolucionarios y simpáticos.

Y lo mismo ocurrió con el viejo agrónomo francés, contrarrevolucionario, René Dumont, entusiasmado, cuando me recibió, me citó, me llamó, pidió mis opiniones.

Yo arremetí contra la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, contra la revista "Verde Olivo". Me había tratado injustamente siempre con argumentos policiales. Yo dije que el escritor en Cuba no significa absolutamente nada, que no era respetado, que no valía nada, y atacé consuetudinariamente a la revolución. Y no digamos las veces que he sido injusto e ingrato con Fidel, de lo cual realmente nunca me cansaré de arrepentirme. Y

sólo el deseo, realmente, la vehemencia, con que quisiera rectificar esa ingratitud y esa injusticia podría, si no compensar, por lo menos aclarar, en algo, lo que no era más que una cobardía y una actitud contrarrevolucionaria.

Yo hablé horrores con Dumont y con Karol, quienes escribieron libelos contra la revolución. Con Hans Magnus Enzensberger, el poeta alemán, ensayista, tuve incontables charlas y todas mis posiciones fueron acres, hostiles a la revolución.

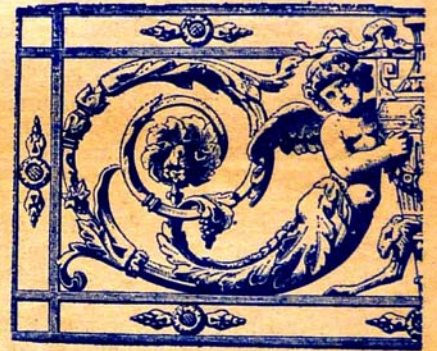
Hans Magnus Enzensberger, quien después publicó un ensayo contra nuestro partido, me oía, me atendía mucho más de lo que debió atender otros compañeros que fueron sus amigos, Enzensberger oyó todas mis críticas, todos mis análisis, que siempre eran derrotistas. Y yo estoy seguro de que contribuí a deformar aún más su visión de nuestra revolución, que no era muy entusiasta de todas formas.

Por ejemplo se dio el caso de un sociólogo alemán que llegó a Cuba. Este sociólogo, Kislser, me dijo que era amigo del poeta Enzensberger y que él le había pedido que me visitara. Me dijo que él estaba escribiendo, preparando un tesis para su universidad sobre los países en desarrollo.

Me preguntó sobre la estructura del poder en Cuba, sobre una serie de cuestiones más, y yo inmediatamente le daba mis opiniones injustas, opiniones absurdas, opiniones que no tenían sentido, opiniones que en realidad yo no podía fundamentar con argumento alguno, porque yo no era un hombre que podía hacerlo, pero yo le di mis opiniones a este joven sociólogo alemán que iba haciendo notas para su tesis de grado.

Este joven alemán que me hablaba con entusiasmo del Ché, que andaba con una cinta magnetofónica de la entrevista de Ovando cuando la muerte del Ché, éste joven alemán que me decía que todas las ideas de Ernest Bloch en su libro "En Principio Esperanza" encarnaban en la imagen del Comandante Guevara, éste personaje. Compañeros, era nada menos que un agente del enemigo, yo con ese enemigo tuve conversaciones y esas actitudes.

Pero a mí no me importaba eso, yo daba mis opiniones. A mí lo que me importaba era el extranjero, el libro en el extranjero. Por eso la editorial Du Seuil me escribió dos cartas, y yo astutamente no les respondí. Pero el libro circulaba, el editor, inescrupuloso, colocaba esa banda: ¿Se puede Ser Poeta en Cuba?, y lanzaba el libro a toda máquina.



Julio Cortázar intervino en lo que un periódico calificó de mi defensa. El ataque era el prólogo de la Unión de Escritores.

Cortázar, en cierto modo, trató de impedir que la campaña contra Cuba se desarrollara, pero en esencia me defendió. "Ni traidor, ni mártir", decía Julio. Y decía también que eran producto de un hombre montado entre dos épocas, etc. Pero me defendió y en realidad esa defensa a mí me beneficiaba en lo externo y en lo interno. Yo me sentí muy frustrado, muy despedido, cuando pasaron los meses y ese escándalo no tuvo ninguna consecuencia beneficiosa para mi persona.

Fue cuando escribí la carta a Fidel, cuando me dieron el trabajo en la universidad, pero es que ese trabajo en la universidad lo que hizo fue reafirmarme en estas posiciones negativas mías. Yo imaginé que, justamente, me iban a respetar, que yo era un intelectual que tenía un gran rango, que yo era un espíritu de habilidad política, de gran perspicacia, estas fueron mis torpezas, y en realidad este es el centro de mis errores: el deslumbramiento por las grandes capitales, por la difusión internacional, por las culturas foráneas.

Este es el punto de partida de todos mis errores, errores de los que yo quiero hablar,

de los que me gustaría hablar y hablar y hablar, como todo hombre que quiere liberarse de un pasado que le pesa.

Y si digo lo que he dicho delante de ustedes es porque veo en muchos de los compañeros que están aquí, cuyas caras están aquí, errores muy similares a errores de los que yo cometí.

Quizás entre sus papeles, entre sus poemas, entre sus cuentecitos, existan páginas tan bochornosas como muchas de las páginas que, felizmente, nunca se publicarán y que están entre mis papeles, como esa novela, ni el nombre voy a decir ahora, esa novela cuyos fragmentos he repensado en Seguridad del Estado. Esa novela, cuyo personaje desafecto apostrofaba continuamente contra la revolución, era una novela sutil, en que se manejaban toda una serie de elementos para que todo el mundo estuviera complacido, una novelita que afortunadamente no se publicará nunca.

Además, por que yo he roto y romperé cada uno de los pedacitos que pueda encontrarme algún día delante de mis zapatos de esa novela, que es un bochorno. No sólo en lo político —se los digo con sinceridad—, no sólo en lo político, sino en lo moral. Ya yo escribí algunos poemas nuevos aquí en Se-



guridad del Estado: hasta sobre la primavera he escrito un poema ¡Cosa increíble!, sobre la primavera, porque era linda, la sentía sonar afuera. Nunca había visto yo la primavera, porque era algo con que notaba que estaba allí, inmediata, inicio de la primera, escribí cosas lindas en medio de mi angustia y de mi tristeza ¿por qué la angustia y de mi tristeza? Porque la angustia moral que tiene características muy extraña y porque yo sentía que aquella cárcel, aquella cárcel que yo estaba sufriendo era una cárcel de las más singulares que yo he vivido en mi vida. Porque yo sentía que aquella cárcel no era un blasón que se podía ostentar como un sacrificio contra una tiranía, sino precisamente una cárcel moral, justa, porque sancionaban un mal contra la revolución y contra la patria. Y escribí esos poemas, era una suerte de catarsis desesperada.

Ustedes saben que yo he dicho mi verdad y yo podría decir las verdades de muchos de los que están aquí presentes. Yo estoy seguro que si me levantara aquí ahora y señalase los nombres de muchos de los compañeros que iban camino de esa situación esos compañeros serán incapaces de contradecirme. Porque esos compañeros saben que estoy diciendo la verdad. Porque no sería honesto ni revolucionario de su parte, si es que no han sido detenidos ni lo serán, ni por lo mismo se deben

sentir más revolucionarios que yo que fui detenido, no lo sería el desmentirme aquí, porque si yo mencionara, por ejemplo ahora a mi propia mujer, Bekys, que tanto ha sufrido con todo esto, y le dijese, como le podría decir, cuánto grado de amargura, de desafecto y de resentimiento ella ha acumulado inexplicablemente en estos años, que yo también por una serie de defectos de mi carácter la he hecho sufrir, ella sería incapaz de ponerse de pies y de desmentirme. Porque ella sabe que yo estoy diciendo la verdad. Y lo mismo podría decir de un amigo entrañable, de un amigo que tanto calor de hogar me ha prestado en los últimos tiempos, de un amigo que tantas cosas positivas ha hecho por nuestra revolución en otros momentos, pero que últimamente se ha mostrado amargo, desafecto, enfermo, y, por lo mismo, contrarrevolucionario, como es Pablo Armando Fernández. Y lo mismo, compañeros, podría decir de otro querido amigo como es César López, a quien yo admiro y respeto, que escribió un hermosísimo libro, queridísimo y respetadísimo, que tuvo una mención en la Casa de las Américas, como es por ejemplo "El Primer Libro de la Ciudad", pero es que César López ha hecho conmigo análisis derrotistas, análisis negativos de nuestra revolución. Además, César López ha llevado a la poesía también esa épica de la derrota.

Lo mismo que digo de César lo puedo decir de muchos amigos en quienes pensaba, compañeros, porque tuve muchos días, muchísimos, porque los días son largos. En un mes, por ejemplo, yo pensaba en cuanto se diferencia la poesía de ese formidable José Yáñez que nosotros conocemos de hace dos años, del último José Yáñez que todos hemos oído en los últimos poemas ¡cuánto se diferencia! Pues ese Yáñez reaparecerá con una poesía indigna de su edad y de época. Y pensaba en otro joven, en un joven de un talento excepcional, un joven al que quiero mucho y que siempre me ha profesado afecto, que me ha dicho que me tiene afecto y que me admira. Yo pensaba en Norberto Fuentes que acabo de ver hace un momento.

No lo había podido ver antes. Porque hemos hablado de su última novela, que no prospera, novela en la cual siente inquietud de él, novela en la que dice que todavía no acaba de encontrar su forma.

Yo me decía: ¿no será esto una exigencia moral, una formal réplica profunda de su organismo, que le dice que no sé que de algún modo tienen que reemplantarse todos los problemas?, y me decía: ¡sí!, compañeros, la revolución no podía, no podía tolerar esta situación yo lo comprendo. Yo he discutido, he hablado días y días, he argumentado con todas las argucias de la palabrería. Tiene que tener algún valor, tiene que tenerlo, tiene que tener un valor ejemplarizante para cada uno de nosotros.

Yo, por ejemplo, pensaba, recordaba a Manuel Díaz Martínez. Y lo decía: ¿cómo es posible que Manuel Díaz Martínez, a quien tanto admiro, a quien tanta amistad debo, a quien tantas muestras de solidaridad tengo que agradecer, cómo es posible que Díaz Martínez se dé a este tipo de actitud de desafecto, triste, amargado? Yo se que esta experiencia mía, compañeros, va a servir de ejemplo, tiene que servir de ejemplo a todos los demás.

Yo se por ejemplo... no se si está aquí,

pero me atrevo aquí a mencionar su nombre con todo el respeto que merece su obra, con todo respeto que merece su conducta en tantos planos, con todo el respeto que me merece su persona, y se que puedo mencionar a José Lezama Lima. Le puedo mencionar por una simple razón: la revolución cubana ha sido justa con Lezama, la revolución cubana le ha editado a Lezama dos libros este año, lindamente impresos. Pero los juicios de Lezama no han sido siempre justos con la revolución cubana, y yo me decía: Lezama no es justo y no ha sido justo en las conversaciones que ha tenido delante de mí con otros escritores extranjeros, no ha sido justo con la revolución porque ¿cómo se puede explicar una revolución cuyos principios sean el marxismo leninismo?

¿Cómo se puede explicar sino por la amplitud de criterios, por la comprensión extraordinaria que esa revolución tiene, de que se publique justamente una obra como la de Lezama, que se apoya en otras concepciones políticas, filosóficas, en otros intereses? Yo pensaba en todo esto compañeros. Y además, pensaba mucho allí, mucho, mucho, en Seguridad, en esa celda, en esa celda que no era una celda precisamente sombría, donde los soldados respondían lacónicamente apenas a nuestras preocupaciones, a nuestras llamadas, como me había dicho el compañero

Buzzi, a quien no veo aquí, ¿Está aquí?, ¡ah!, sí, allí está el compañero Buzzi.

Y yo me decía: ¡qué cosa tan increíble! Si yo le dijera esto a Buzzi, yo estoy seguro que Buzzi sería el hombre que primero sacaría provecho, el que más urgentemente se pondría a rectificar con mi experiencia, porque Buzzi, meses después de que cumpliera su sanción, obtuvo una mención en la Casa de las Américas, cosa que no impidió la revolución, y además de obtener la mención fue publicada su novela con críticas muy positivas de escritores revolucionarios y de escritores extranjeros en las Ediciones Unión.

Y además, la revolución no impidió que Buzzi fuera Premio Nacional de Novela, y además no impidió tampoco la Seguridad del Estado que fuese a la Unión Soviética.

Porque, compañeros, yo tengo que ser sincero para terminar esto. Yo tengo que decirles que yo llegué a la conclusión, pensando en el sector de nuestra cultura, que si hay, salvo excepciones, como siempre, un sector políticamente a la zaga de la revolución, políticamente a remolque de la revolución, es el sector de la cultura y del arte.

Nosotros no hemos estado a la altura de esa revolución, a pesar de estos años, de estos 13 o 12 años tensos que hemos vivido. Yo nunca me cansaré de agradecer a la revolución cubana la oportunidad que ha brindado de vivir mi vida en dos: el que fui y el que soy y seré y si no me creen, el que no me crea peca para él. ¡Qué ni me vea mañana! Porque este hombre no será el de ayer.

Porque, compañeros, vivimos y habitamos, perdónenme este tono, ¡vivimos y habitamos una trinchera en la América Latina! ¡Vivimos y habitamos una trinchera gloriosa en el mundo contemporáneo! ¡Vivimos, habitamos, una trinchera contra la penetración imperialista en nuestro pueblo, en América Latina!

A veces me zambullo

*A veces me zambullo en el mar
y emerjo y nado lo más lejos posible
de la costa y veo
la línea borrosa de la orilla
y el sol que bulle en las aguas grasientas.
El litoral se pierde en la calina
y yo cierro los ojos, cegado por la luz.
Entonces, a un palmo de esas olas,
aparece el país
que tantas veces
uno ha creído llevar sobre sus hombros:
blanco como un navío,
brillando contra el sol
y contra los poetas.*

*Los que dicen que mis poemas
tienen siempre un tono pesimista
que sólo sirve para alegrar a la burguesía,
se deberían preocupar primero
por tanta buena gente
que ellos hacen rabiar con su alegría,
porque el burgués le importa un pito
el artista y la poesía,
pero cada vez que mis críticos
agitan la gangarria optimista
hacen bajar de peso a la clase obrera.*

Para colgar en las esquinas

Vivimos en una trinchera, y yo quiero que nadie más sienta la vergüenza que yo he sentido, la tristeza infinita que yo he sentido en todos estos días de reflexión constante de mis errores.

No quiero que la revolución tenga nunca más que llamarnos a capitular. ¡No lo quiero! ¡No puede ser posible! No puede ser posible, sinceramente, que la revolución tenga que ser constantemente generosa, con gente que por sus conocimientos intelectuales, porque no somos simples ciudadanos, sino gente que

sabemos hacer análisis muy claros, por muy despolitizados que seamos... que sea generosa otra vez, que se haga esto un vicio de generosidad intolerable en un proceso que se dice tantos años. ¡Seamos soldados! Esta frase que se dice tan comúnmente, el lugar común que quisiéramos borrar cada vez que escribimos, ¿no? Que seamos soldados de la revolución, porque los hay. Porque yo los he visto.

Esos soldados esforzados, extraordinarios en sus tareas todos los días ¡que seamos sol-

dados de nuestra revolución!, que ocupemos el sitio que la revolución nos da. Pensemos, aprendamos la verdad de lo que significa habitar, vivir en una trinchera extraordinaria y ejemplar del mundo contemporáneo.

Porque, compañeros, vivir y habitar una trinchera asediada de toda clase de enemigos arteros, no es fácil ni es cómodo, sino difícil. Pero ese es el precio de la libertad, no es el precio de la soberanía, ese es el precio de la independencia, ¡ese es el precio de la revolución!

ACTUAL

SALVADOREÑA

Poesía



FOTOGRAFIA DE ROBERTO OCON

Poesía

Tij Tijoc Chijoc

Oración maya
para Anastasio Aquino
y
Atanasio Tzul

*la diosa de los bosques y los peces...
Más allá de los pájaros llevarás los sueños
sobre los cerros de agua.
Y la evidencia resurgirá. Arderán los campos. Y las heridas
sanen. Y la arcilla se alargue.
Crepite su odio sobre los muertos. Luego
el augurio de la estirpe
saldrá por entre las montañas ¡Marimbera!
Con sus calendarios en las plumas de los buhos.
Porque dicho fue por las profecías:*

—¡Tú, Jurakán!
¡Tú, corazón del Cielo y de la Tierra!
¡Tú, el dador de la virtud y de la felicidad!
¡Tú, el dador de nuestros hijos!...
¡Vuélvete hacia nosotros trayéndonos el día

Primer Premio de Asociación
Estudiantes Universitarios
Guatemaltecos 1970.



*Por las profecías
escondidos los testimonios del universo.
De los principios el secreto del horizonte.
La cronología de las inmigraciones.
Los recintos que rigen los destinos.
Las minúsculas vidas y los mundos donde reposan
los signos cuaresmales...
Las casas del sol, figuras del cielo,
están indicadas por los nudos inmutables de los cuatro
rumbos...
Estas palabras, recógelas, espárcelas en tus hijos
como el huracán en los valles y aldeas
hace temblar el agua...
Para que la indiatada no se trague la historia.
Que repita los pasos del sur donde duermen las cosas enfermas*



a . i . c . h . e . v . a . r . i . e . u

*de esplendor y de grandeza, dando el aliento
para que crezcamos y vivamos como sostenedores
y alimentadores de nuestra fe,
que será invocada en los caminos,
en los rastrojos, en la orilla de los ríos,
en los barrancos, debajo de los árboles
y los bejucos!—*

*Porque desde ahí caminarás erigiendo,
desterrando,
vivificando la sangre derramada...*

*Dicho fue por las profecías.
Dicho será por tus labios.
Dicho será por el fuego de las hogueras...*

Detalles bajo un Cipres

¿qué es una cana?
¿y el poeta?
¿qué su primera arruga?

NO
no es esa la respuesta
conozco
poetas jóvenes
con canas y arrugas
conozco putas viejas políticos
con pelo negro negro

posiblemente son las 5

esta tarde enerina
tiene
poderes
sabe acariciar:
esa misma brisa
alborota
cabellera
sangre

hoy
han
sucedido cosas muchas cosas
estoy herido
pero renuncio a que me cure el médico

la toma de posesión de nixon
costó dos y medio millones
de dólares

¿por qué tanta miseria?

lyndon b
se retira a su rancho en texas
¿pesa más un hombre muerto?

discuten
guerra de vietnam

¿habrá otra vida?

homenaje a tres nuevos generales
en mi país

¿tienen sargentos
las tumbas?

un
niño
muere de hambre

la comida que sobra
a los ricos, ¿quién la come?

y no me vengan con cuentos como ese de la
modestia. no contesten ahora. y no esperen
que yo responda. pasan aves en busca de su
nido. cae la tarde como un asno con sueño.
hablan campanas. y la sombra. y los temo-
res. y los recuerdos. es hora de volver a casa.
¿y los que no tienen casa?



Evasión mientras escucho a Bach

y el mundo seguirá. nada importa
este sentirme solo, amenazado. en balde
este tallo sin ramas, esta desesperación.

ahora escucho a Bach. mares extraños
en mis venas suenan. gaviotas viejas
llegan a mis manos
a recoger desperdicios de la tarde.
el llanto de un niño, allá a lo lejos gira
en mi memoria para iniciar las lluvias.

porque hay instantes en que el hombre para.
guarda sus odios, sus esperas.
y vaga por arenas de infancia. hay ratos
en que huímos, nos refugiamos
en casas de azúcar. hay momentos junto
[al retorno.

y buscamos
los bordes de una fruta pequeña.

ah, los días de escuela y barrilete,
[la pandilla,
las ingenuas sorpresas cotidianas.

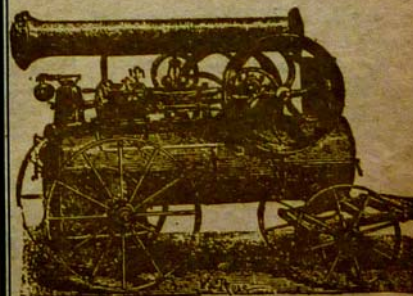
suenan el timbre. me entregan el periódico.
[nada.

ninguna esperanza.
¿y el padre Chemita
y los Tupamaros
y las sombras del Ché y Camilo Torres?

son las seis. la tarde es una gran pregunta
sobre cunas y tumbas.

adiós Bach. adiós mojadas siempre vivas.
estoy de nuevo, solo, amenazado,
esperando
esperando
esperando.

Rafael
Góchez
Sosa



Mención de Honor en el Certamen
Latinoamericano de Poesía de la
Revista Imagen, Caracas,
Venezuela, 1970.

1

*Erase un gran salón
y en él tres jaulas de pájaros.
Los de la derecha vivían en desorden.
Los del centro se alborotaban
por el desorden de la derecha.
Los de la izquierda observaban
quietos a los otros
y de noche buscaban la forma
de resolver la situación.
Esto
todos los días.*

5

*La peor desgracia que puede sufrir un canario
es que le quiten su alpiste;
sobre todo
cuando los grajos dirigen la acción.
Pero la naturaleza es así.*

3

*El pájaro de la jaula de oro quería cantar
como el pájaro de la jaula de hojalata
y el pájaro de esta última deseaba
tener una jaula como la del primero.
Entonces otro pájaro
desde una rama les dijo:
¡Pipiripipi!
¡Libre soy charlatanes!*

11

*Una golondrina no hizo verano.
Llamó a otras para tener
un verano común.
Pero éstas le respondieron:
—Vos querés el verano para vos sola.
Mejor hacé el tuyo
y dejanos a nosotras el nuestro.
Por supuesto
siguió lloviendo.*

LOS

**Rafael
Mendoza**

PRIMER PREMIO
CERTAMEN A.E.D. 1970

PAJAROS

18

*Hay pájaros de mal agüero:
los que no cantan
ni dejan cantar.*

14

*Al contrario de la creencia general
es mejor ver volar cien pájaros
que tener uno en la mano,
porque si se deciden los cien
pueden salvar al cientouno
y sólo tienes dos manos.*

21

*Y ahora
también la voz está puesta
al alcance de los pájaros:
así
todo pájaro que no hace buen canto
está fuera de acción
o en contra.*

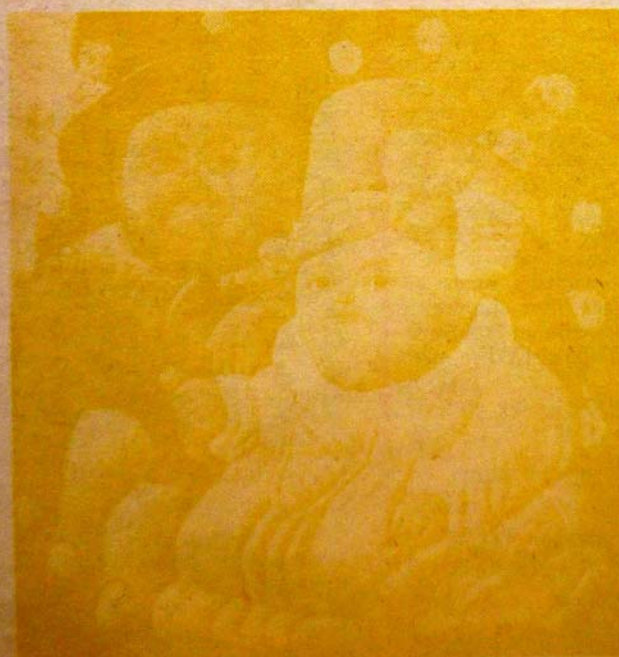
20

*Hay en El Salvador
ciertos pájaros llamados chachalacas
que se reúnen para gritar
y que al primer ruido que escuchan
huyen pavoridos.
Especies parecidas
en otros países.*



ALGUNOS POETAS JOVENES DE EL SALVADOR

HUGO LINDO



¿Poetas jóvenes de El Salvador? En la palabra "jóvenes", hay una multitud de problemas que se presentan siempre, y que siempre tienen que resolverse de una manera distinta, arbitraria, sin duda, para acomodarse a los propósitos perseguidos.

Un boxeador de treinta años es, sin duda, "viejo" para su oficio. Un poeta de la capacidad de renovación de Juan Ramón Jiménez, de Rafael Alberti, de Gerardo Diego o de la salvadoreña Claudia Lars será joven siempre, cualquiera que sea su edad.

Más lo importante ahora no es presentar mozalbetes, sino poetas que por razón de madurez, de oficio, de sacrificio, de constancia y de calidad, merezcan ser conocidos fuera de las apretadas fronteras nacionales. Así, se nos ocurre, si treinta años de edad son muchos para un boxeador, no lo son para un poeta.

Vamos a entender —para entendernos de algún modo— por jóvenes, en esta ocasión, a quienes tienen a la fecha cuando mucho unos treinta y cinco años de edad. A los nacidos de 1935 en adelante. Aunque ello nos priva de hablar acerca de figuras para nosotros tan apreciadas como la de Rafael Góchez Sosa (1927...), Mauricio de la Selva (1920...), Italo López Vallecillos (1932...), Waldo Chávez Velasco (1932...), Irma Lanzas, Mercedes Durand, Tirso Canales (1932...).

Cuando en El Salvador se habla de "generaciones" literarias, no se expresa uno con el rigor filosófico con que se dice el término en otros países. Se forman, esporádicamente, grupos con cierto contenido "generacionales"; pero más unidos por la amistad o por estados de ánimo, que por duraderas convicciones estéticas, religiosas o políticas. En términos generales —y no perdemos de vista ni negamos algunos movimientos como los del grupo Cactus, el grupo Octubre o el de la Generación Comprometida el desarrollo del poeta es más el producto de un esfuerzo individual que de un impulso colectivo. Ello es para nosotros una suerte, por cuanto nos permite prescindir de toda consideración extraliteraria en la formulación del presente trabajo.

Con lo anterior, parecería estar suficientemente delimitada la intención de este artículo. Y lo estaría, de no ser que en estas cosas andan metidos los duendes de los celos, de las vanidades, de los resentimientos, de las rivalidades y de nuestras propias pequeñeces humanas. Ya no hablamos sólo de lo que afecta o puede afectar a los autores reseñados, sino de esa cuota de subjetividad de la cual, el que hace una antología o una selección, no puede excluirse. Y menos aún si tal selección tiene, por razones obvias, que limitarse a un número de cuartillas.

Así, con todo lo dicho, cabe titular estos párrafos como ya van titulados: Algunos poetas jóvenes de El Salvador. Lo que da a entender que no son todos, y, además, deja para nosotros —y para quienes aquí no alcancen a ser contemplados— abierta la esperanza de que algún día, en ésta o en otra revista, se pueda escribir sobre algunos otros.

Queda claro que la no presentación de un joven poeta, no implica repudio. Al menos no lo implica necesariamente. Puede ser falta de información oportuna. Puede achacarse a que el autor de estas líneas espera que el tiempo venga a confirmar calidades que por ahora, a su juicio, se hallan en agraz.

Hacia 1967 se publicó en San Salvador, como de origen y propiedad de "Los cinco", un libro titulado "De Aquí en Adelante". "Los Cinco" eran —son— Manlio Argueta, Roberto Armijo, Tirso Canales, José Roberto Cea y Alfonso Quijada Urias.

Nacido en la ciudad de San Miguel, el 24 de noviembre de 1936, Manlio Argueta ha sido parco en publicaciones y favorecido por los éxitos, de los cuales cabe anotarle, como el de mayor importancia, un premio logrado como novelista por su obra "El Valle de las Hamacas" (así se llama el valle en donde está enclavada la ciudad de San Salvador, capital de la República). Esta obra resultó vencedora en el Certamen Cultural Centroamericano de novela patrocinado por el Consejo Superior de Universidades Centroamericanas (CSUCA), en el año de 1968, y se editó en Buenos Aires, Argentina, en 1970, bajo el sello de la Editorial Sudamericana.

Mas tornemos a la poesía.

De aquí en adelante se inicia con un Entredicho, prólogo dialogado en el cual los cinco autores, entre desentonadas e innecesarias palabrotas, hacen su afirmación de existencia humana y poética, sin titubeos y expresan sus convicciones sociales de orden dialéctico:

Armijo: Queda claro, pues, que no es la negación por la negación.

Cea: ...sino la negación para servirnos de ella y seguir adelante, es decir: destruir construyendo...

Tirso: Ley dialéctica necesaria en todo proceso de desarrollo cultural.

Quijada: Otra cosa...

Manlio: Como tenemos el tejado de vidrio...

Cea: ...lanzamos la primera piedra.

Armijo: No somos grandes...

En coro: Pero somos.

La poesía de Argueta suele tener cáusticas alusiones a la estructura social del mundo en el cual se halla inserto. Esta misma falta de ajuste entre el yo y su contorno, se refleja en duros quiebres del verso. Y no hacemos, necesariamente, referencia a una métrica tradicional y ortodoxa. Es, más bien, una cuestión de oído. O una vocación más dirigida al ensayo y a la expresión narrativa que al orden estrictamente poético.

Cosa semejante, aunque con menos rigor, diríamos de Roberto Armijo (nació en Chalatenango, el 13 de diciembre de 1937), quien lleva conquistados numerosos premios en la rama de ensayo, y algunos en poesía, como el primero en los Juegos Florales Agostinos de San Salvador, en 1962. Fue finalista en el Certamen del Centenario de Rubén Darío, en Managua, Nicaragua. El jurado, en esa ocasión, estuvo constituido por dos grandes poetas, Luis Rosales y José Coronel Urtecho, y por el autor de esta presentación esquemática.

En el género que nos ocupa, además del libro conjunto ya señalado, Armijo ha dado a la estampa otros dos, exclusivamente suyos: La noche ciega al corazón que canta (sonetos) y Mi poema a la ciudad de Ahuachapán, evidentemente producido para participar en algún concurso local.

En los últimos poemas de Armijo advertimos ciertas notas de ternura y penetración que no encontramos en producciones anteriores. Tomemos, casi al azar, este fragante y tropical mes de mayo:

Mayo es el mes que amo.

Regresan la chiltota, los bejucos y las frutas.

Despunta encendido en el monte, en las húmedas rocas ceñidas por el musgo, rodeadas por el agua del río; se siente en el buche del pájaro.

¡Mayo guarda recuerdos! Mi esposa amanece inesperadamente silvestre, hunde [en la brisa su mirada.

Mayo en la ciudad no es el mes azul del pueblo donde abrí mis ojos.

Duerme en los tiestos que adornan los cuartos.

En el monte es distinto. El villorrio congrega campánulas, abejas, tréboles y [mariposas.

En el aire luce inquieta la crencha negra como el ala del cuervo de la compañera [ingenua.

¡Mi corazón amanece dichoso en sus cabellos!
Descaría ver el viento perfumado de mayo por las cosas.
En la ventana amaneció un blanco silencio.

Armijo vive actualmente en París, en donde su sensibilidad encontrará, sin duda, renovados cauces, y su calidad de estudioso, estímulos permanentes.

Aquí correspondería, conforme a la arquitectura del libro publicado por "Los cinco", hacer mención y dar muestras de la poesía de Tirso Canales, que ha venido depurándose a ojos vistas; pero Tirso nació en 1933, y no queremos destruir el marco temporal que nos hemos señalado, por el temor de un casi inevitable desbordamiento.

Si el poder aglutinante de "Los cinco" ha sido su manera de concebir los fenómenos socio-políticos; si, a semejanza de los que ayer formaron "La generación comprometida", los auna y hermana un afán de lucha, lo cierto es que la fuerza individual de cada uno de ellos se manifiesta por cauces bastante independientes. Más allá de lo que se programa o propósito compartido, se halla la inconfundible e intransferible personalidad de cada poeta. Y aunque realizamos hoy una especie de "desfile" más que un esfuerzo crítico, nada nos impide afirmar que para nuestro gusto (subrayamos la subjetividad del concepto) son José Roberto Cea y Alfonso Quijada Urías, los dos jóvenes más intensa y hondamente marcados por el fuego de la poesía, dentro de este conjunto muy relativamente homogéneo.

Según observaciones de historiadores y sociólogos, El Salvador es acaso el país más ampliamente mestizado de América. Empero, quedan unos escasos, escasísimos reductos en donde las viejas razas indígenas se mantienen dentro de cierto grado de pureza. Izalco, en el departamento de Sonsonate, es uno de esos. Y allí nació, el 10 de abril de 1939, José Roberto Cea. Lo cual explica sus rasgos aindiados, su morenez, sus pómulos, sus ojos un tanto mongólicos, que parecen mirar a través de una persiana entornada. También eso explica su tendencia a tratar en la poesía temas de la cosmogonía maya-quiché, que bien estudiada y penetrada se la tiene, y que acaso le circula mágica y soterradamente por las venas, a pesar de su dialéctica y su materialismo conceptual.

José Roberto Cea es —o al menos debería serlo— el más conocido de estos poetas en España, porque en uno de los llamamientos del Leopoldo Panero quedó de finalista con un hermoso libro: Todo el código, que el Instituto de Cultura Hispánica publicó bajo el número 6 de la correspondiente colección, en el año de 1968. Sobre los datos biográficos y bibliográficos de Cea, remitimos al amable lector a las solapas del mencionado libro, porque tanto título y tanto galardón como lleva este poeta nos robaría mucho espacio en estas páginas. Preferimos aprovechar el espacio disponible copiando un breve poema que no aparece en Todo el Código, pero

que sigue, indiscutiblemente, esa línea de asimilación y compenetración de dos culturas, a que se refiere Miguel Arteche al enjuiciar el volumen:

Por lo que hace a Quijada Urías, el más joven de "Los cinco", pues que nació en la ciudad de Quezaltepeque (cerro de los quezales, etimológicamente) el 8 de diciembre de 1940, cabe afirmar que tiene un buen gusto nato, que lo escuda contra toda clase de excesos, ya de contenido, ya de forma. Se dio a conocer, a los comienzos, con un segundo premio en 1962 y otro en 1963. Ya en 1965 alcanzaba, en los juegos florales de Usulután, la flor natural, y al año siguiente conquistaba la misma presea en los de Santa Tecla; en 1967, un segundo lugar en los de Quezaltenango, Guatemala, que tienen vocación centroamericana. Desde entonces, puede afirmarse, saltó las bardas del patio local para sentar su calidad en términos más amplios y seguros. Porque expresa al mismo tiempo una posición ante el mundo, la vida y la expresión artística, escogemos su brevísimo poema.

EL ULTIMO DE LOS BRUJOS

Mi tío Capulín se vestía de azul y mandarina
Era de atar por lúcido.

Mi tío Capulín nunca voló.

Ni cuando se murió quiso volar

y que era príncipe Nahuatlé

y a los príncipes Nahuatlé les permiten volar a toda hora.

Era terco mi tío

pero medio profeta

Casi adivinaba cuántos pájaros traía el ventarrón...

Era bueno para contar historias

Nunca supo la suya.

Un día cayó dentro de un pozo

"Para coger estrellas", dijo

sin saber que el dolor ya me dolía

"Pura ausencia me dejás", gritaba la tía Concepción

Y el tío Capulín tiraba de vida natural,

"El mal zacate no se quemá", decía el viejo lúcido

Pero todos pensamos en la tierra.

DIALECTICA

Escribo para el vecino, aunque el vecino nada entienda.
Se que el mal tiempo lo hace no entendernos. La poesía siempre fue oscura
para el que nunca salió de casa. Mañana hará buen tiempo.
Entonces sabrán que no fue la poesía sino el tiempo lo que tenía oscuridad.

Uriel Valencia pertenece a uno de los más recientes grupos, nominado "Piedra y siglo", acaso como un recuerdo del grupo colombiano que se llamó "Piedra y cielo", y que tan honda huella dejó en la historia poética hispanoamericana. Es joven que toma las cosas con seriedad. Sabemos de él que estudia Filosofía y Letras en la Universidad de El Salvador, luego de haber egresado de la Escuela Normal Superior, como maestro de enseñanza secundaria. Tiende hacia una poesía al mismo tiempo culta y popular, enraizada en el "aquí" y el "ahora", sin perder por ello sus contactos con la mejor tradición universal, que Valencia conoce y ama. Su posición socio-política viene a ser fuertemente "contestaria", como ahora podría decirse. Nació en el año de 1940, en la ciudad de Metapán.

Dos años después, en el pueblo de las prodigiosas miniaturas cerámicas, Ilobasco, nació José María Cuéllar. Pertenece al mismo grupo de "Piedra y siglo", y es maestro de educación primaria. De sus Crónicas de infancia recogemos el fragmento II, sólo aclarando de las numerosas alusiones indígenas que contiene, que el "Cadejo" es el demonio mismo, que suele aparecerse en sitios solitarios, a horas crepusculares, con figura de espantable perro o lobo:

II

Floté nueve meses en el vientre de mi madre; apenas abrí los ojos me los vieron azules.
Con el tiempo serían tal como son.
El abuelo se internó en las montañas buscando el copalchí para la leche y el amuleto para el mal de ojo.
Las cuentecitas rojas me las pusieron en la muñeca con un cordoncito azul, y ahumaron la esquina oeste de la casa para darme larga vida.
Me ungieron de ajos y tabaco la memoria, para evitar alucinaciones de coleópteros y ardores en la piel y me chuparon por la boca los malos espíritus.
Cuando pasó el cadejo un viernes por la noche y asomó su hociquito de cabra por la puerta, ya me habían salido cuatro dientes

Una voz que es al par delicada y profunda; una voz que tiene qué decir y sabe decirlo, es la de José David Escobar Galindo, actual director de la Biblioteca Nacional de El Salvador. Nacido en la ciudad de Santa Ana en noviembre de 1944, ha cultivado simultáneamente el Derecho y la Poesía, y ha conquistado ya, en ambas disciplinas, galardones que dan testimonio de su responsabilidad intelectual.

No ha publicado mucho hasta el momento. Algunos poemas sueltos en diversas revistas nacionales, un tomo de versos escritos a dos voces con la poetisa Mercedes Durand (Las manos en el fuego, 1969), en donde José David pronuncia la segunda palabra, y un volumen recién salido de prensas, como primero de la colección "Nuevapalabra", titulado Extraño mundo del amanecer (San Salvador, 1970).

Escobar Galindo no pertenece a grupo alguno. Su carácter, un poco retraído, muy de estudioso, lo induce más a la meditación libre de toda atadura, y, en consecuencia, a una visión personal del universo y de los seres y experiencias que constituyen su mundo. Eso mismo le otorga una peculiar intimidad, una nota de lirismo auténtico, que

lo sitúa no fuera de su tiempo, sino dentro de él, muy dentro de él, con todo lo que este tiempo implica de reivindicaciones de los valores sustanciales del hombre.

No conocemos sino poemas sueltos de Rafael Mendoza, nacido en el año 1946. Sabemos, sí, que en dos ocasiones ha recibido



el primer premio de poesía en el certamen de la Asociación de Estudiantes de Derecho de la Universidad de El Salvador, y que en los juegos florales de Arequipa (Perú) obtuvo un segundo premio en el año 1968.

NOTA DEL EDITOR:

Quien ganó el premio en Perú fue Uriel Valencia, y no Mendoza, como lo dice el autor de este trabajo. Error involuntario del Poeta Hugo Lindo, por supuesto.

En lo poco de él que ha llegado a nuestras manos, advertimos cierta gracia irónica, que a veces puede llegar a mordacidad.

La muestra que presentamos no es cruel, pero su sonrisa es burlona:



LOS AMANTES

Los amantes son pájaros
nacidos con ansias infinitas
de picotear los frutos prohibidos
a los pájaros autorizados.

Edifican constantemente la poesía.
Cuando se encuentran por vez primera
bajan la vista con respeto
y conciertan una cita bajo la rosa más cercana.

Sufren de extraños padecimientos mentales
y de la envidia general.
Aman tanto la vida
que optan por no transmitir el sufrimiento.
Huyen de reuniones.
Iluminan las calles con su libertad.

Casi siempre son intelectuales pobres
o capitalistas avergonzados
y a pesar del corazón
no mueren de ataque cardíaco.

Recientemente, al modificarse algunas estructuras administrativas, la revista *Cultura*, por algún tiempo en manos de Claudia Lars, ha sido entregada a un consejo de redacción. Los poetas Escobar Galindo y Rafael Mendoza forman parte de este consejo.

Tampoco Ricardo Lindo ha publicado libros de versos. Nacido en San Salvador el 5 de febrero de 1947, realizó hasta su culminación los estudios de publicidad en Madrid, y actualmente reside en París, en donde concluye la licenciatura de Psicología.

De los poemas que ha publicado, la mayoría han visto la luz en la revista *Cultura*, del Ministerio de Educación de El Salvador. Su permanencia en Europa, en donde ya lleva seis años de residencia, lo ha puesto en contacto con diversas tendencias estéticas, y, si al principio su poesía acusaba ciertos rasgos trascendentales, hoy parece más bien fluctuar entre lo surrealista y lo irónico, lo funambulesco y lo burlón:

MINIATURA PERSA SOBRE OMAR KHAYAM

En el jardín del pájaro que pasa
el agua flota el viento flota el agua
ensancha sus salones de sándalo
las lluvias que limitan con las lluvias
se alejan horizonte
adentro viento adentro
los árboles desprenden flores blancas
el hombre vestido de escarlata alto y severo
sostiene la mirada de las lluvias
su barco de hojarasca va flotando
hacia la reja abierta de bien forjado hierro
una campana de cristal
tañe círculos de agua
en el brocal del pozo
se cumple un ballet de reflejos
el barco abre las aguas de los viajes
el hombre rojo va en la proa y lleva
una copa en la mano
desde donde
levanta el vuelo el ala del velamen.

Y de Eduardo Sancho, estudiante de Medicina, no es mucho lo que todavía podemos afirmar, fuera de su innegable talento poético. Nació el 6 de marzo de 1947, y de un conjunto de breves poemas que publica en *Cultura* (núm. 54), nosotros escogemos los dos siguientes:

III

Tu publicación de sueños viene desde el musgo.
Pan de cada lirio para destruir misterio.
Se vive aferrado. Se corta la raíz. El bosque.
A veces confundido sensibilidad,
párpados...

IV

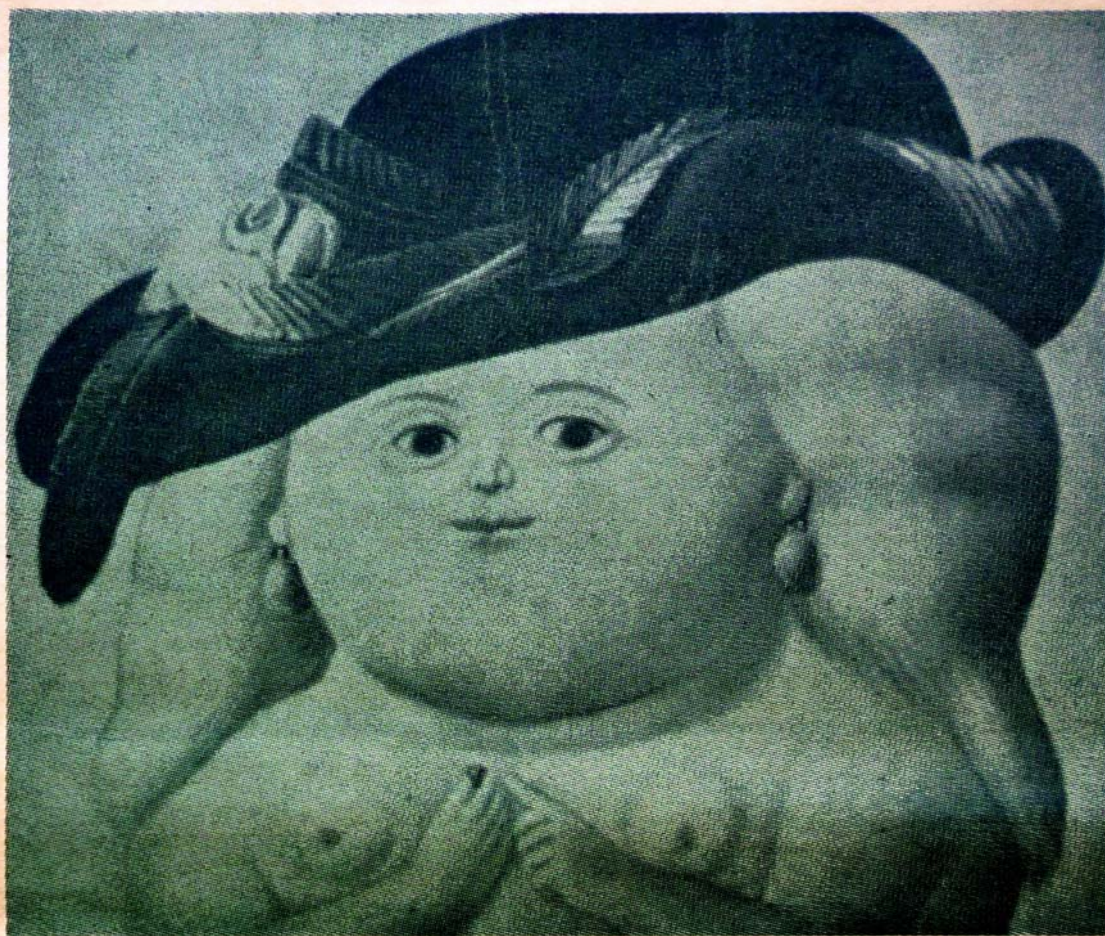
Ignoro cómo caen los grillos
ni cómo entra esa ciudad.
Pero se entra y se muere.
Aquí el breviario.
El de los días enemigos
abre su duelo de sangre por la alegría.
Nací corriendo en un ciego amanecer que cuelga
su inocencia.

Como puede advertirse, el orden que hemos seguido ha sido puramente cronológico. Si todos son jóvenes, dentro de los límites que al comienzo señalamos, los primeros son, sin duda, los de mayor experiencia y madurez.

Podría decirse que ellos, los primeros, deben su lanzamiento a la acogida generosa de Juan Felipe Toruño, quien por muchos años dirigió la página literaria semanal del "Diario Latino" de San Salvador.

Los más jóvenes, en cambio, guardarán constante gratitud a la insigne poetisa Claudia Lars, hasta hace poco directora de la revista *Cultura*, y hoy asesora de actividades culturales del Ministerio de Educación, ya que ella, con entusiasmo constante, les otorgó su estímulo, franqueándoles las páginas de una publicación que había sido quizá muy cerrada o exclusiva.

De todos puede esperarse mucho. Su juventud misma es garantía de flexibilidad, de



LA LLAMA

enriquecimiento, de mutación y de fervor. Queremos, pues, que esta presentación se entienda más como una prueba de calidades y capacidades, que como un conjunto de logros, aunque los logros existen. Pero es condición sine qua non del arte y de la poesía el impulso dinámico, la virtud de búsqueda y hallazgo, la capacidad de aventura creadora.

HUGO LINDO.

(Tomado de "Poesía Española e Hispanoamericana". Segunda Epoca. Nº 219). Madrid, España.

De pronto abro la mano derecha
—extendida— sobre la superficie del espejo,
y se marcan mis huellas digitales.

Acerco la respiración, y aparece
una nube, una tela de araña. Los ojos
tan cerca como nunca, los oídos
la imagen —otro ser— ante la luz
de mis deseos, y esto se repite
desde la madrugada hasta la noche,
desde el diluvio hasta mi vaso de agua.

Sólo un cuerpo y su imagen
y otro cuerpo y su imagen
y una imagen que arde como un papel
y un papel que golpea la ventana como la flor de un sueño.

Y ya no tengo frente a mi manos ni memoria.
Lo demás es el reino indescifrable.

DAVID ESCOBAR

QUIJADA URIAS le debe tanto a Kafka que no le conoce. Nada hay tan lejos de alfonso como este pobre Kafka que, a pesar de su genio, aísla al poeta para dejarle ser él mismo. La única y suficiente influencia de quijada urías es quijada urías y esto es bastante compromiso.

alfonso es de los poetas que han encontrado un camino; se ha lanzado sobre el trazo nebuloso de su sendero para llegar ciego al papel, ignorando lo aprendido: Así enfrenta la locura como al único testimonio de su compromiso. Las influencias más fuertes proceden de los siglos XVI y XVII, en: "El Bosco" y en Pieter Bruegel. Además Goya y algunos maestros del claroscuro le otorgan esa visión de lo sombrío para recibir de Van Gogh la luz y la fuerza que le faltaban. Aún más, el mismo Van Gogh siembra en él la lucidez de una locura inmensamente más grandiosa que cualquier sana mediocridad.

De este modo resulta un hombre que describe el encanto de lo horrible entresacándolo del silencio; un escritor que nos entrega la miedosa sensación de soledad que provoca la intuición de la muerte; siento y adivino en alfonso la presencia de un rito que vive para justificar aquel otro gran pensamiento: LA MUERTE.

alfonso vive, alfonso ve y alfonso escribe: Esta es su mágica sucesión; no ofrece nada nuevo de él sino su vida; nada original sino su obra; nada sobrenatural sus "estados". En alfonso apenas existe la modestia, pues ella no tiene lugar donde no hay orgullo.

El poeta se presenta como una criatura maligna de su imaginación, ridículamente deformada. Los poemas están escritos con un exquisito refinamiento de lo grotesco. Y sin llegar al garabato, lo cual hace bella su poesía.

En Bosch hubiésemos encontrado algo parecido a peces-monstruo o a los pájaros gigantes, pero ésta fábula de lo deforme es sustituida en alfonso por una fantástica representación del poeta como **hombre-bufo** y como **hombre-escarnio**; su figura apenas alcanza a ser austera y se depura en un constante remordimiento por lo vivido. Los dos universos que le son propios, tanto el cosmos exterior como el pseudo-cosmos interior, están ligados de tal manera que producen el devaneo entre lo fantástico y la delicadeza de una locura apenas intuida. El nos retrata al "malo" (un "malo" tan universal como el dolor) engendrado en su mente con una refinación exquisitamente masoquista. Resulta entonces que alfonso es un maravilloso mágico que hace vida de las palabras.

Bosch y quijada urías parecen estar ligados puesto que ambos pintan a su modo la locura y los vicios de una época, bajo la forma enmascarada de la alegoría: Una nave tripulada por locos sobre un mar de sentidos que va navegando a la deriva y en busca de un paraíso incierto.

Creo que alfonso pretende equilibrarse entre un "espiritualismo" de la vida campesina y el "crudo realismo" de la ciudad; lucha entre ambas fuerzas para ofrecer una poesía libre, ligada a una realidad universal; una poesía que no se ordena a la razón sino a una bien ganada locura. Esto permite que el verso brote espontáneo, natural y sin trabajo; construye versos que agotan los objetos exteriores al poeta. El habla para los hombres de una realidad que otro hombre está inventando y no se rebusca, sino que es descriptivo pareciendo más pintar un cuadro en movimiento que escribir prosaicos poemas. Habla de lo vivido: se puede reconocer la vida en su obra; aún más, la poesía de alfonso tiene un armónico ritmo interior cuya música marca el paso de su voz.

Toda definición de "los estados sobrenaturales" resulta superficial; a pesar de ello se encuentra un gran valor al revivir a este alfonso del libro y encontrarlo vivo y universal habitando las imágenes que crea. Una última divagación sobre un tema maravilloso que solamente la locura visionaria de quijada urías puede abarcar es LA POBREZA, (más grandiosa que el Amor); incluso en la miseria de los zapatos rotos que se encuentran, no es ni despreciable ni irónica, mucho menos burlona. EL POETA NO ES UN RESENTIDO y la pobreza se manifiesta como un tierno cinismo poético de atención propia a aquellos que la viven.

Este es el satírico poeta de Quezaltepeque: un escritor libremente entregado a la fantasía de sí mismo, pero basado en esta realidad casi amarga y dolorosa, casi cómica y difícilmente alentadora, del que persigue su mundo común a todos los animales.

Cuando se leen "los estados sobrenaturales" se experimenta una forma cinética del dolor: una especie de horror gótico, quizá una de las variedades plásticas del sufrimiento que posee a los hombres. Hace viajar entre emociones con un terror que se escurre de las piernas, y se llora o se ríe, o se piensa o se embrutece y hace conocer al poeta para amar su verdad o para odiar al hombre. Humaniza, obliga a plagiar la frase que se lee o no se comprende porque tanto está guardado entre tan poco verbo, o porque tantas palabras reunidas jamás obedecen a lógica alguna. Este es un libro que deja incierto al lector. Conmovido. Mudo a medias.

Defino los estados sobrenaturales como aquellos estados producto directo de la unión del cosmos exterior al cosmos interior: así, la definición hace al hombre un POETA-SOBRENATURAL y a su poesía una vivencia Fantástica-Tenebrosa-Real-Alucinada.

un hombre apodado "kafkita"

hermann armando méndez



Sobre los estados sobrenaturales

Ricardo Jesurum



"Los estados sobrenaturales". Alfonso Quijada Urías. Editorial Universitaria, San Salvador.

Lejos (no obstante lo que una nota de presentación pretenda hacernos creer) de la gesta del Che como de la poesía de Ginsberg, el libro de Quijada Urías está compuesto por un delirio y una recapitulación sórdida.

El primero, titulado "Los estados sobrenaturales", ha sido escrito en un constante paroxismo. Este poema prescinde de toda exaltación retórica. Puesto que el signo de exclamación distingue el grito del no-grito, en el discurso del hombre que habla a gritos el signo de exclamación sobra.

La fuerza misma de su discurso hace prescindir a Quijada Urías de las mayúsculas, como del orden lógico de las ideas. Una ola de imágenes avasalla al espectador, provenientes de una personal nostalgia, o de un pasado más remoto que la memoria individual, o bien de la realidad cotidiana traducida del lado de los sueños. Imágenes de hombre que huye por el techo de la agobiante jaula de su realidad, que se venga de ella acusando sus incómodos rasgos, dando a su monstruosidad una evidencia que la haga digna del delirio. Así, pensamos en Hieronimus Bosch leyendo estos crueles dibujos:

su cerebro ya no es el campanario donde se reúnen dos locos a comer murciélagos.

Quizás recordó el poeta La extracción de la piedra de la locura del propio Bosch cuando escribió:

son las palabras abriendo enormes hoyos en la piedra de la locura.

El poeta se identifica con el loco, quien dice impunemente la verdad como en los teatros ambulantes de la Edad Media.

Un mundo de monedas, aldabas y manuscritos, mundo tamizado por la nostalgia, sirve a Quijada Urías de decorado para su sucesión de fantasmas bienhechores y abominables.

El resto del libro, dividido en dos partes por razones cronológicas más que literarias, prescinde de la liberación que ofrece la caricatura para describir minuciosamente la realidad mezquina que lo rodea, la pobreza, la falta de horizontes culturales, la injusticia social. No hay aquí un aliento de lucha. El poeta observa en torno suyo, los anteojos empolvados por una tenaz desesperanza, sintiendo su impotencia y usando por joder, como él diría, una ironía inútil.

Quiere insultar, pero la conciencia misma de la ineficacia de su insulto hace que sus palabras, al caer sobre el papel, hayan perdido ya parte de su fuerza y vayan cargadas de melancolía.

Oponiéndose con hurañez a todo valor establecido de la sociedad, no le concederá a esta ni siquiera la tranquilidad de hablar en su propio lenguaje:

aprendí a confiar en las malas palabras.

En la descripción de un mundo degradado, las altas palabras se encontrarán ridicularizadas y los altos conceptos renovados por la pureza de las malas palabras:

Cuando salimos, la mujer gorda nos esquilmo con esa extraña manera de hacer el amor; somos tristes como esa fábrica de sombreros, y aún así es un lujo entrar en esta forma de soberbia dominical y encarar la religión paterna el basurero filosófico donde los primos se reúnen con esa fina ironía de recoger prepucios.

El poeta atacará el himno nacional, el mobiliario Luis XV, los consejos de almanaque. Su trabajo se asemeja a la labor del comején. Un comején amargo y profundamente lúcido.

Ricardo Jesurum.

París,
Mayo 1971.

LE OFRECEMOS

estos libros

COLECCION CONTEMPORANEOS

POEMAS	
de Roque Dalton	¢ 2.00
LAS ESCENAS CUMBRES	
de José Roberto Cea	¢ 1.75
CUENTOS BREVES PARA UN MUNDO EN CRISIS	
de Cristóbal Humberto Ibarra	¢ 1.75
RUBEN DARIO Y SU INTUICION DEL MUNDO	
de Roberto Armijo	¢ 1.75
EN EL COSTADO DE LA LUZ	
de Manlio Argueta	¢ 1.75
DESDE LA SOMBRA	
de Rafael Góchez Sosa	¢ 1.75
JUEGO DE OUIJA	
de Mercedes Durand	¢ 1.75
APRENDIZAJE	
de Claribel Alegría	¢ 1.75
ALIANZA DE MIS MANOS	
de Ricardo Bogrand	¢ 1.75
FLITEANDO	
de José María Méndez	¢ 1.75
ANASTASIO REY	
de Napoleón Rodríguez Ruiz	¢ 1.75
ESTADOS SOBRENATURALES Y OTROS POEMAS	
de Alfonso Quijada Urías	¢ 1.75

Editorial Universitaria de El Salvador

Haga su pedido al Tel. 25-6903 y será atendido inmediatamente